



## **RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE**

### **«PUREZA INMACULADA, ESPEJO DEL SEÑOR»**

Así dice la letra de una melodía popular que, seguramente, muchos hemos entonado en más de una ocasión: «Tú eres toda hermosa, / ¡oh, Madre del Señor! / Tú eres de Dios gloria, / la obra de su amor. / ¡Nuestra Señora!, / la obra de su amor». En efecto, celebrar la solemnidad de la Virgen María en su Inmaculada Concepción es agradecer, al mismo tiempo, la hermosura de la acción amorosa de Dios que se despliega en esta criatura suya. Como canta María en el *Magnificat*, el Señor se ha fijado en la humildad de su sierva (cf. Lc 1,48).

Esta advocación mariana, tan fuertemente enraizada en los corazones torrevejenses, nos ha de ayudar a todos a descubrir en la Virgen, Madre de Jesucristo y Madre nuestra, el signo más preclaro del amor gratuito de Dios Padre. Su rostro amoroso y lleno de misericordia se inclinó sobre María, antes de ser madre, cuando la quiso limpia de toda mancha, Purísima. La bondad de Dios se adelanta siempre; Él es quien toma la iniciativa en nuestra historia de salvación. Cuando el arcángel Gabriel saluda a la doncella de Nazaret, prometida en matrimonio con un hombre llamado José, le revela que es la «llena de gracia» (Lc 1,28), es decir, la que ha sido y sigue estando colmada del favor divino. Dios Padre actúa así en María, sin encontrar en Ella el mínimo obstáculo, la más pequeña excusa. De ahí que en María Inmaculada podamos encontrar sus hijos, también los cristianos de este nuevo milenio, la huella manifiesta del ser de Dios, de un Dios que es «compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad» (Ex 34,6).

Un teólogo de nuestros días ha redactado estas líneas que comparto plenamente: «La verdad sobre María y su Concepción Inmaculada es para el cristiano recordatorio constante de la gratuidad del don divino... La preservación del pecado y la plenitud de gracia de María no son conquista de su libertad ni resultado de sus esfuerzos, sino fruto del don irrevocable de Dios, que decide amar gratuitamente a los hombres y que la envolvió, desde el comienzo de su existencia, en su amor santificador y redentor. Al cristiano de hoy, tentado con frecuencia a creerse forjador único de su vida y autor de su propia salvación, la Virgen Inmaculada le recuerda que sólo en Dios, que por amor creó y redimió al hombre, encuentra éste su salvación» (J. A. DOMÍNGUEZ ASENSIO, *María, estrella de la evangelización*, Madrid 1991, 22).

Lamentablemente, se ha perdido en nuestro mundo la conciencia de pecado. Hablamos los mismos cristianos de equivocaciones, errores, limitaciones..., pero nos cuesta reconocer que somos realmente pecadores. A veces, incluso lanzamos balones fuera y cargamos las culpas en la cuenta corriente de otras personas o de la sociedad en abstracto. Y nos olvidamos, con frecuencia, de que el pecado rompe nuestra amistad con Dios, puesto que nos lleva a buscar únicamente nuestro propio interés, dejando a un lado los derechos de los demás e incluso los derechos del mismo Dios. Hoy es más necesario que nunca elevar nuestra mirada hacia alguien que, siendo de nuestra misma raza y de nuestro linaje, sea la bienaventurada por excelencia, la «toda santa» –como a los cristianos orientales gusta llamar a María–, la «pureza inmaculada, espejo del Señor», como dice el canto popular, para ser Madre de Dios Hijo.

La santidad de María nos invita, coherentemente, a ser santos también nosotros: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). Ser santos como Dios es santo no es fruto de nuestras capacidades, sino don de Dios; es fruto de Dios Espíritu Santo, que habita en nuestros corazones. Caminar al encuentro de Dios tres veces santo es pisar las huellas que nos ha dejado María, es tratar de imitarla: «Ni la gracia del Redentor divino, ni la intercesión poderosa de su Madre y Madre nuestra espiritual, ni su excelsa

santidad podrán conducirnos al puerto de salvación, si a ella no correspondiese nuestra perseverante voluntad de honrar a Cristo y a la Virgen santa con la devota imitación de sus sublimes virtudes», escribió el Papa Pablo VI en la exhortación apostólica *Signum magnum* (nn. 14-15).

Imitemos, por tanto, las virtudes de María y aprendamos a ser humildes como Ella para alcanzar la santidad y obtener un día la bienaventuranza feliz, el gozo de la verdad. Para lograrlo, éste es el camino: la sencillez de corazón, la humilde aceptación de la voluntad de Dios. «Nadie en el mundo –explica Jacobo de Sarug– se humilló como María, y por ello ninguno ha sido enaltecido como Ella. Según la humildad, así Dios concede la gloria; madre suya la hizo; ¿quién es semejante a Ella en humildad? Si otra hubiera sido más pura y dócil, en aquella hubiera habitado» (*Homilía sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios*). Y san Luis María Grignont de Monfort resalta esta humildad profunda de María, precisando: «María vivió tan escondida que fue llamada por el Espíritu Santo y la Iglesia *alma mater*, madre escondida y reservada. Fue tan profundamente humilde que no encontró en la tierra atracción más fuerte y continua que la de esconderse de sí misma y de toda criatura para ser conocida sólo por Dios» (*Tratado sobre la verdadera devoción a María*, 2).

Con mi bendición y mi saludo afectuoso y cordial, gozosa fiesta de la Inmaculada, tan celebrada siempre en Torrevieja, y felices días de Navidad a todos.



✠ Rafael Palmero Ramos  
Obispo de Orihuela-Alicante